



Instantes en la vida de un fauno¹

Rafael Toriz

Fotografías: iStock

n

POR ESCASOS MOMENTOS, DEBIDO A ESOS NIMIOS detalles que luego de un tiempo se revelan como decisivos de la existencia (considerar que muchas cosas son insignificantes y que todo significa), no prosperó mi carrera como mariachi. La profesión de músico popular, pese a que recibí —o más bien precisamente por ello— una sólida formación clásica desde mi niñez, nunca fue una de mis legítimas aspiraciones; sin embargo, siempre sospeché que, de haberme dedicado a la música, habría vivido rodeado de viejas, viajes y otras incontables maravillas. Justo ahora, cuando escribo estas palabras, recuerdo con absoluta transparencia el traje de charro que me quedaba a la medida, adornado con grecas de gamuza y botonaduras de plata, botines lustrados, chaquetilla almidonada, camisa hueso, corbata de rebozo y un amplio sombrero mostaza. En el momento no lo disfrutaba (paradójicamente, al estar tan arropado me sentía desnudo) pero tenía la certeza de estar escribiendo mi destino al momento de aporrear un desvencijado cajón peruano y empuñar de nuevo mi antigua aliada, compañera de aventuras: la flauta transversa. Todo ello sucedía en el seno de un grupo folclórico que no temía mezclar fandangos con danzones y huapangos con sones jarochos, con la estricta finalidad de dar una colorida imagen vernácula ante México y el mundo. De mi vida de mariachi quedé con una certeza irreductible: la música mexicana debe cantarse con los huevos, de preferencia a los gritos. Mientras más recio, mejor.

Como siempre, todo comenzó con un viaje, o más precisamente con la promesa de un viaje.

Tenía diecisiete años, la vida en añicos y acababa de volver de una estancia en Costa Rica que me había dejado en el pecho la terrible certeza de que no importa a dónde vayas, tu dolor irá contigo, como una sombra meridiana. A la edad de Holden Caulfield, cuando la vida es triste y uno ya ha leído todos los libros, la realidad me parecía un paréntesis en el tiempo, como si me moviera en un especie de limbo en el que, de no ser por el dolor y por el sexo, podría asegurar que estaba muerto. Y solo.

Encerrado en el zafio ambiente de la preparatoria que apenas ayer me parecía una fiesta extraordinaria, y con una pareja de análogas inclinaciones nomádicas, decidimos, en un arranque de pasión, abandonar el

¹ Fragmento de *La distorsión. Autobiografía cínica de nadie*, de próxima publicación.

país y largarnos a Europa. Sería un viaje fantástico y frenético sin otro mapa que el camino mediante el cual pudiéramos abstraernos del presente (la necesidad era más bien mía) y nos ubicara en calles desconocidas, bajo cielos en los que nuestro nombre (y acaso también mi desgracia) no fuera sino el eco lejano y difuso de una realidad que no comprendía y que, estaba seguro, me había quebrado para siempre.

El plan era magnífico, una evasión perfecta para huir del bullicio y la falsa sociedad, una salida estu- penda a la vuelta de la esquina. Lo único en lo que no habíamos reparado era que para hacer un viaje de esa naturaleza se necesitaba dinero; con seguridad no mil- lones, pero sí una suma considerable de la que yo y mi compañera no disponíamos.

Consulté la idea con mi padre y él, con benepláci- to, sostuvo que era una buena idea e incluso me ofreció un inmejorable salvoconducto. Músico de profesión, sabía de cierto ballet que habría de empezar una gira de entre seis meses y un año por Europa, detenién- dose en festivales de pequeños poblados portugueses, españoles, alemanes y franceses. Creo que también algunos italianos. Él sabía que yo ya no tocaba el ins- trumento pero me animó con palabras de fuego: “vete a dar una vuelta, pruébate con ellos. La flauta y sobre todo el hueso podrán llevarte muy lejos”. De modo que volví a poner las manos y la boca en ese hermo- so falo del viento.

Sin calentar al amparo de unas escalas o siquiera unos arpegios me presenté a la cita, luego de más tres años con la flauta enmohecida. El ballet estaba com- puesto por bailarinas entre quince y veinticinco años mayormente deliciosas y casquivanas, y por un grupo de músicos que compensaban el talento y la belleza con

aplomo, picardía y gritos más o menos entonados que le daban al discreto conjunto una estatura a primera vista invisible pero que, a las primeras notas, descollaba por su potencia. La verdad sea dicha, el director tenía buen rugido, mejor oído y vocación de palenquero. Lo primero que supe, en ese preciso momento, fue que todo lo que había aprendido en el conservatorio no sólo no me serviría para un carajo sino que más bien me estorbaría. Y así sucedió.

Como era de esperarse, los músicos, jóvenes a su vez y por ello bien intencionados, me recibieron sin mayores aspavientos. El grupo estaba compuesto por una trompeta, algunos violines, una leona, un guita- rrón y un par de panderos. Un triángulo, un oboe o un cencerro les habría dado lo mismo. Necesitaban músi- cos para llenar el escenario y la flauta, con su dulzura característica —pese a que nunca suele acompañar la música de mariachi— fue el elemento que estaban precisando. Al menos eso me dijeron. En el ínterin me reconcilié con las maracas y el güiro y descubrí que las clases de rítmica aplicadas al cajón peruano serían motivo de hospedaje, traslados y alimentos por el vie- jo mundo. El ballet y los músicos, de los cuales ya era parte constitutiva a la media hora, teníamos un hori- zonte promisorio por delante.

Durante un par de meses asistí a los ensayos, me aprendí las canciones y aunque no sabía muy bien en lo que me estaba metiendo, tenía la sensación de que esa era la puerta para abandonar una ciudad que había dejado de pertenecerme, transformándose en una tumba. Dijo un viejo alguna vez que hogar es ahí a donde enterramos a los muertos, pero yo no estaba dispues- to a concederle la razón: el único hogar que reconozco como propio ha sido y será el viento.

Sólo faltaba el detalle de incluir a la pareja, que no tocaba ni las maracas. Le di varias vueltas al asunto, pensando una buena excusa —la opción de cargar cables que no llevábamos ya era usufructuada por unas gemelas adolescentes— y, fortuna de fortunas, el director del ballet tuvo a bien inventarse el puesto de fotógrafa, lo que nos eximía de todos los problemas y automáticamente nos daba la posibilidad de cumplir el sueño de enfilarnos hacia Europa.

En lo que nunca reparamos fue que sus padres, por prejuicios aldeanos, no habrían de darle permiso. Ni dinero.

A la distancia, y a través del tamiz de la escritura, las cosas y circunstancias parecen mucho más claras de lo que fueron en realidad cuando pasaron. La linealidad del lenguaje y la construcción temporal de la narración implican un orden sobre la plasticidad de la vida que, como sabemos, no tiene el mínimo puto concierto que uno necesita para no volverse loco. Se narra lo vivido para darle un sentido a la experiencia y para que no todo se disipe con la espuma del olvido. Escribo estas palabras para que algo permanezca, como un sendero de migajas de pan aunque sólo sirva para alimentar alimañas y pajaracos, perdiéndome en el camino.

Una noche antes, con el importe del avión en la mano (el único gasto que habríamos de realizar) y la playera del ballet en la que ya estaba escrito mi nombre, tomé una decisión atribulada, inconsciente, como casi todo en mi vida.

Decidí quedarme en la tumba; en silencio como esos alcaravanes que contemplan desde tierra la vastedad del firmamento.

Entonces, sin que pudiera sospecharlo, comenzaba de torcida manera el viaje alucinado de mi destino. 

